

Sueños de California

(California Dreamin)

Guillermo Heras

El espacio presenta una vieja pantalla correspondiente a un cine que ha sido abandonado hace mucho tiempo. Ruinas de un pasado lejano de sala de barrio.

Aparece JORGE, mira a su alrededor. De un lado saca varias butacas polvorientas y las coloca en posición de poder volver a sentarse. Sopla para quitarles un poco de polvo. De una bolsa de deportes que trae consigo saca un radiocasete. Busca en el interior y saca una casete. Oímos «Sentado en el muelle de la bahía» de Percy Sledge. Coloca una butaca enfrente de otra y se sienta estirando las piernas sobre la butaca contraria. Una sombra aparece en el umbral, se inquieta y apaga el radiocasete.

LUIS.- Veo que no has perdido el gusto por las viejas canciones.

JORGE.- Es un pecado perder la memoria.

LUIS.- Vaya, ¿has dejado de ser agnóstico?

JORGE.- He dejado muchas cosas en el camino.

LUIS.- Curioso reencuentro después de tantos años...

JORGE.- Dame un abrazo. Al menos es así como nos despedimos aquel día de calor pringoso.

(LUIS se acerca y abraza a JORGE.)

LUIS.- ¿Te acuerdas de qué película vinimos a ver?

JORGE.- Como voy a olvidarlo... «Grupo salvaje».

LUIS.- Eso sí que era violencia, y no las mariconadas de Tarantino.

JORGE.- Estuvimos horas hablando. A Rita le obsesionaba la secuencia de los niños al principio de la película. El morbo mirando cómo se devoraban aquellos animalejos. **(Silencio.)** ¿Sabes si vendrá?

LUIS.- No tengo ni idea.

JORGE.- Habrá cambiado mucho.

LUIS.- Como tú.

JORGE.- O como tú.

LUIS.- O como yo.

JORGE.- ¿Te apetece que ponga música?

LUIS.- Haz lo que quieras.

(JORGE busca y pone «Black magic woman» de Santana.)

JORGE.- Por la música no pasa el tiempo.

LUIS.- Casi veinte años.

JORGE.- ¿Tanto?

LUIS.- Fue a la salida de este mismo cine. Era verano.

JORGE.- Siempre me ha excitado el calor.

LUIS.- Acabábamos de ver una película española, algo no demasiado habitual en nuestros gustos. Era «Maravillas» de Gutiérrez Aragón.

JORGE.- ¡Cómo me gustó Cristina Marcos!

LUIS.- León Klimovski, Paco Merino, Eduardo MacGregor, Jorge Rigaud, Gerard Tichy...

JORGE.- Me daba vértigo la escena de la azotea.

LUIS.- Siempre fuiste bastante maniático.

JORGE.- Te advierto que no te he llamado para ajustar ningún tipo de cuentas.

LUIS.- A propósito. ¿Para qué me has llamado?

JORGE.- Para verte. Para charlar un rato. Para recordar nuestras películas favoritas. Para oír la música que nos gustaba.

LUIS.- No tengo ningún apego a la nostalgia.

JORGE.- Entonces no le des ninguna importancia. Será simplemente un reencuentro fugaz entre dos camaradas de otro tiempo.

LUIS.- Puede que entre dos ex camaradas.

JORGE.- Creía que el tiempo acabaría con tu rencor.

LUIS.- En veinte años ni una maldita carta, ni una sola noticia.

JORGE.- Siempre fui perezoso para escribir.

LUIS.- ¿Y tú querías llegar a ser el nuevo Howard Hawks?

JORGE.- Con mis correspondientes guionistas... Tú tenías talento.

LUIS.- Bien dicho... tenía.

JORGE.- Si no lo hubieras tirado a la basura.

LUIS.- En esta jungla hay que sobrevivir.

JORGE.- Puede haber otras estrategias.

LUIS.- ¿Cómo las tuyas?

JORGE.- No me ha ido mal.

LUIS.- Lo ignoro.

JORGE.- ¿Quieres que te cuente?

LUIS.- La verdad, no tengo mucho interés.

JORGE.- ¿Por qué mientes?

LUIS.- No seas cretino.

JORGE.- Si no te interesara, no estarías aquí.

LUIS.- No has cambiado. Siempre te hiciste el interesante y por eso te seguía ese tufillo prepotente que tanto éxito te producía en las discusiones de los cine_clubs.

JORGE.- Tiempos románticos aquellos. Hora analizando el plano de las escaleras del Potemkim... aunque lo que más nos gustara fuera el cine yanqui.

LUIS.- Al menos nosotros no lo ocultamos. Hicimos ciclos de Jerry Lewis, cine negro, comedia musical...

JORGE.- ¿Qué pensará de todo aquello Pablo?

LUIS.- ¿Pablo? ¿Le has vuelto a ver?

JORGE.- Desde aquel día en que me fui no he visto a nadie del grupo. Pasé un par de veces por la ciudad pero no tuve ánimo para volver a veros.

LUIS.- ¿Y por qué ahora?

JORGE.- ¿Sabes de quién es este viejo cine? De Pablo. Es una parte más de su enorme patrimonio inmobiliario. Él ha sido el que me ha dejado la llave. Si no me falla vendrá más tarde.

LUIS.- No sabía que habías preparado un guateque.

JORGE.- ¡Qué palabra más antigua!... Guateque... No la había oído pronunciar en años.

LUIS.- Sólo faltarán las chicas.

JORGE.- Te equivocas en parte. También vendrá la chica.

LUIS.- ¿Mónica?

JORGE.- No me digas que tampoco la volviste a ver.

LUIS.- Eres un canalla sin gracia.

JORGE.- Estoy seguro que en el momento en que os dejé el campo libre os lanzaríais a ella como buitres.

LUIS.- Lo que tú hubieras hecho no significa que lo hicieran los demás.

JORGE.- Ahora ya no tiene importancia. Es más, voy a confesarte algo. Nunca me acosté con ella.

LUIS.- Ves, mis sospechas eran ciertas, sólo eras un fantasma.

JORGE.- Me gustaba putearos. A todos se os caía la baba por Mónica, pero ella se venía conmigo. Largas sesiones en los cines, largas conversaciones analizando los plano_secuencia, la estructura de la película o el trabajo de los actores... pero luego, nada de nada.

LUIS.- Y así, años y años manteniendo la fachada.

JORGE.- ¿Te acuerdas de cómo nos aprendíamos trozos enteros de los diálogos y luego los representábamos en una especie de teatralización casera?

LUIS.- En el viejo trastero de mis padres.

JORGE.- Donde un día encontramos los panfletos de Pablo.

LUIS.- Nos creímos revivir la caza de brujas Mccarthista.

JORGE.- (**Recordando las palabras de Thomas Mann.**) «Tengo el honor de presentarme a mí mismo en calidad de testigo inamistoso. Declaro que siento gran interés hacia la industria cinematográfica y que, desde mi llegada a los Estados Unidos hace nueve años, he visto gran cantidad de películas producidas en Hollywood. Si se ha introducido propaganda comunista en ellas, debe de estar extraordinariamente escondida, porque por mi parte nunca vi rastro de ella. Declaro, además, que la persecución ignorante y supersticiosa de los seguidores de una doctrina política y económica que es, después de todo, la creación de grandes mentes y de grandes pensadores, no sólo es degradante para sus perseguidores, sino también muy dañina para la reputación cultural de este país.»

(**De pronto se oyen unos aplausos que vienen del lugar por donde han estado entrando los personajes anteriores. El que aplaude es PABLO.**)

PABLO.- ¡Bravo!... Siempre fuiste un formidable actor.

JORGE.- Bienvenido a tu reino de sueños, empresario emprendedor y modelo.

PABLO.- Si para empezar me tengo ya que tragar tus sarcasmos no tendré más remedio que lanzarte una consigna, sin duda grosera, pero de contundencia asegurada: Vete a tomar por culo.

JORGE.- Tranquilo, no estropeemos tan pronto el reencuentro. Además, aquí tienes también a Luis. Un

buen momento para entregarnos a los recuerdos y a las nostalgias.

LUIS.- Hola, Pablo. Me imagino que tienes el mismo interés que yo en esta patochada de Jorge.

PABLO.- A veces el mundo en el que vivo es demasiado aburrido. Cuando recibí la llamada de Jorge yo mismo le sugerí este sitio. Le envié las llaves al hotel y quedamos en vernos. Lo que no sabía es que habría más invitados.

JORGE.- Ni más ni menos que los habituales en aquellas sesiones de cinefilia convulsa de los setenta.

PABLO.- Entonces, falta alguien.

JORGE.- Vendrá, no te preocupes. Ahora vive un poco lejos.

PABLO.- ¿Sabéis por qué compré esta ruina? En memoria de los viejos tiempos. Aún no sé qué voy a hacer con este espacio. Aunque no lo creáis, construir un simple edificio de apartamentos me parece una grosería, pero seguir la moda de los minicines es como negar la grandeza de la pantalla grande... Tal vez una Fundación Cultural. (A JORGE.) ¿Te apetecería dirigirla?

JORGE.- A mí sólo me apetece escuchar música. **(Ha colocado otro casete en el reproductor. Ahora se escucha «La casa del sol naciente» por *The Animals*.)**

PABLO.- (A LUIS.) ¿Y a ti?

LUIS.- Hace tiempo que dejé de interesarme en asuntos culturales.

PABLO.- Tiene gracia. Hace años, en este mismo sitio soñabais con transformar el mundo desde la cultura y ahora practicáis el pasotismo activo.

JORGE.- Hablando de contradicciones basta con que te mires a ti mismo. ¡Quién lo iba a decir! Nuestro más iluminado miembro del marxismo_leninismo, pensamiento Mao Tse Tung, hoy convertido en uno de los más respetables personajes del aparato local del Partido Popular, además de uno de los más ricos y prósperos empresarios de la ciudad. De la nada a la más absoluta riqueza.

PABLO.- Parece que será absurdo repetirte que no voy a contestar a tus sarcasmos. Los tiempos cambian. La lucha de entonces era diferente.

LUIS.- ¿Nos vas a soltar el rollo del análisis concreto de la situación concreta?

PABLO.- ¿También tú te vas a poner agresivo?

LUIS.- A mí me importa un huevo dónde estás y cómo lo hayas conseguido.

PABLO.- De cualquier manera me gustaría saber qué hacemos aquí.

JORGE.- Sí, claro. Seguramente tendrás mucho que hacer. De todas formas falta la última persona a la que he citado, Mónica, y me parece una grosería empezar sin ella.

PABLO.- ¿Empezar qué?

JORGE.- Un inocente juego de vuelta al pasado. De recordar una juventud que se nos ha escapado al cabo de veinte años en los que no nos hemos visto después de haber mantenido durante años una amistad intachable.

LUIS.- Tanto como irreal.

JORGE.- ¿Crees que en esos momentos éramos unos cínicos?

LUIS.- No, más bien unos insensatos.

JORGE.- Nunca somos completamente contemporáneos de nuestro presente. La historia avanza enmascarada. Se inscribe en la pantalla con la máscara de la secuencia anterior y ya no reconocemos nada del film. La culpa, por supuesto, no es de la historia, sino de nuestra mirada cargada de sonidos e imágenes aprendidas. Oímos, vemos el pasado en sobreimpresión con el presente, aun si este presente es una revolución.

LUIS.- Pensar. Fabricar. Simplificar. Reflexionar. Aprender. No eches la vista atrás. Godard ya no está de moda.

PABLO.- Todo sería cuestión de una buena campaña publicitaria.

JORGE.- ¿Ya no te acuerdas de aquellos textos que con tanta pasión nos recitabas?

PABLO.- Algunas veces me vienen como pesadillas febriles de cualquier gripe mal curada.

JORGE.- ¿Por eso ya no quieres ni verbalizar esos sueños?

PABLO.- Por supuesto. No tolero la mala conciencia.

LUIS.- Todo pragmatismo tiene un límite.

PABLO.- El que tú le pongas.

JORGE.- Perfecto, ya vamos entrando en el juego. Veis, el pasado no se borra tan fácilmente.

(En ese momento se oyen unos golpes exteriores en lo que se supone debe de ser un cierre metálico.)

JORGE.- ¡ Ya estamos todos!

(PABLO se dirige a abrir por donde él ha entrado anteriormente. JORGE vuelve al radiocasete y pone otra cinta, esta vez se trata de «Wild Thing» de The Troggs. A los pocos momentos aparece MÓNICA seguida de PABLO.)

MÓNICA.- **(Interpretando a un personaje creado para la radio por los hermanos Marx.)**
Miss Dimple: Despacho de los abogados Flywheel, Shyster y Flywheel... No, Mr. Flywheel no ha llegado aún. Está en el juzgado tratando el caso de su marido... Sí... sí...

(Aparece PABLO imitando a Groucho Marx.)

PABLO.- Un momento, aquí está... R. Flywheel, Mrs. Watson está al teléfono.

PABLO.- **(Groucho.)** Muy bien, ahora precisamente le iba a llamar. **(Jovial.)** Hola, ¿Mrs. Watson?... Ah, sí, quería decírselo... Le cayeron cinco años de cárcel... Pero no se preocupe, tengo una sorpresa muy agradable para usted. Le voy a rebajar el diez por ciento de la factura... Adiós. Miss

Dimple (**Cuelga el teléfono.**), Miss Dimple. ¿Ha llegado correo esta mañana?

MÓNICA.- Sí, hay una carta de la empresa de máquinas de escribir. Dicen que todavía no ha pagado la máquina de escribir.

PABLO.- ¿Y por qué iba yo a pagar la máquina de escribir? Es usted quien la usa.

MÓNICA.- Pero Mr. Flywheel, yo...

PABLO.- No importa. Mande una carta a esos miserables oportunistas. Veamos... Caballeros... Yo nunca pedí esa máquina de escribir. Si lo hice, ustedes no la mandaron. Si la mandaron yo no la recibí... Si la recibí, la pagué... y si no lo hice, no lo haré. Con mis mejores deseos...

MÓNICA.- ¿Algo más, Mr. Flywheel?

PABLO.- Sí... Amor y besos. Pero no se los mande. Son para usted. (**La besa con una cierta ambigüedad. MÓNICA le rechaza suavemente.**)

LUIS.- Dejaros ya de payasadas, eso último no estaba en el guión.

PABLO.- Por eso. Como nunca pude hacerlo antes...

MÓNICA.- Creíste que lo podrías hacer ahora.

JORGE.- A mis brazos, preciosa.

MÓNICA.- El niño perdido y hallado en un templo.

JORGE.- Exacto. En el que fue un templo del séptimo arte.

MÓNICA.- Déjate de estupideces. ¿Crees que es posible que alguien se largue hace un montón de años, no dé una sola noticia en todo ese tiempo y aparezca otra vez hace dos días mandando un simple telegrama en el que aparece una frase bastante cursi citándome en el antiguo lugar de culto?

JORGE.- Para empezar no está nada mal.

MÓNICA.- ¿Para empezar qué?

LUIS.- Otra de sus fallidas representaciones teatrales.

MÓNICA.- Hola, Luis... Claro, no podíais faltar ninguno de los tres.

PABLO.- ¿Por qué ninguno de los tres?

MÓNICA.- Será por una simple cuestión de cómo babeabais detrás mía en aquella época.

JORGE.- Vaya, vaya... veo que vienes calentita.

MÓNICA.- Sobre todo tengo poco tiempo, así que por favor, vayamos al grano.

JORGE.- Me temo que no hay ningún grano.

MÓNICA.- ¿Cómo?

JORGE.- Simplemente he vuelto después de mucho tiempo y tenía ganas de volver a veros.

PABLO.- Y ya que estamos aquí, por qué no te relajas un poco y nos cuentas cómo te ha ido en estos últimos años.

MÓNICA.- Seguramente que no tan bien como a ti.

LUIS.- ¿Dejaste el teatro?

MÓNICA.- Más bien el teatro me dejó a mí. Tuve una buena racha, luego me enrollé, lo dejé un tiempo y al querer volver las cosas habían cambiado. El teatro independiente se había ido a la mierda y lo que venía me daba una cierta pereza. No tuve nostalgia, ni angustia, ni ninguna sensación de frustración artística. Lo dejé y basta. Me iba y me va bien con mi pareja y pusimos un pequeño negocio que nos da de comer y nos permite irnos de vacaciones exóticas con una Agencia de Viajes una vez al año. ¿Qué más se puede pedir?

PABLO.- Entonces, ¿te casaste?

MÓNICA.- No exactamente.

JORGE.- Perfecto, aún guardas parte de la vieja rebeldía negándote a aceptar las leyes del matrimonio.

MÓNICA.- No exactamente.

PABLO.- ¿Cuál es el enigma?

MÓNICA.- Veo que con el paso del tiempo seguís igual de ciegos. No estoy casada porque en este país los matrimonios entre personas del mismo sexo aún

se siguen debatiendo en el parlamento, gracias a que cuando estuvo la «izquierda» en poder de hacerlo no tuvo los cojones de querer resolverlo.

PABLO.- Entonces...

MÓNICA.- Sí, Pablito, soy lesbiana. Espero que ahora no te escandalices demasiado. Desde luego en la «otra vida» eras partidario del amor libre, pero ahora no sé si vuestro jefe os permite esas ligerezas.

LUIS.- ¿Nunca te acostaste con Jorge?

MÓNICA.- Eso hubiera querido él, o tú (A LUIS.), o tú (A PABLO.), pero nunca lo consiguió.

PABLO.- Fuiste un cabrón.

JORGE.- ¿Por haceros creer que estábamos enrollados?

PABLO.- Por impedir que lo intentáramos.

MÓNICA.- Eres un auténtico cínico. ¿Quieres que cuente aquel día que vinimos a ver «En el curso del tiempo»?

JORGE.- Luis y yo habíamos venido el día antes. Os contamos cómo habíamos disfrutado.

LUIS.- Bruno y Robert, Rüdiger Vogler y Hans Zishler, los dos recorriendo Alemania en un Volkswagen. La aventura interior. Cine sobre cine.

JORGE.- (Como si fuera ROBERT.) ¿Qué escribes?

LUIS.- (Como el personaje del niño en la película.) Describo una estación, todo lo que veo.

JORGE.- ¿Y qué ves?

LUIS.- Las vías, la grava, el horario, el cielo, las nubes. Un hombre con una maleta... una maleta vacía... (JORGE **sonríe.**) una sonrisa... un ojo amoratado... un puño... (JORGE **va haciendo las acciones.**) que tira una piedra.

JORGE.- ¿Ya está todo?

LUIS.- ¡Ya está todo!

JORGE.- Si me das tu cuaderno, te doy las gafas y la maleta.

LUIS.- Es un buen cambio.

MÓNICA.- (Como si fuera el personaje de la propietaria del cine que sale al final de la película.) El cine es el arte de ver, decía mi padre. Por esto no puedo pasar estas películas que sólo explotan aquello que es explotable en la cabeza y en los ojos de la gente. No me obligarán a pasar películas de las que la gente sale endurecida y embrutecida por la estupidez. Películas que destruyen cualquier alegría de vivir y anulan cualquier sentimiento hacia el mundo y hacia ellos mismos. Aquí en el campo dependemos de las grandes distribuidoras. Mi padre deseaba que aquí siguiera habiendo un cine. Yo también, pero de la manera que están las cosas es mejor que no haya ningún cine, antes que uno como el actual.

LUIS.- Y al poco tiempo aparecía *END*.

MÓNICA.- (A PABLO.) Y tú y yo casi acabamos también. Te portaste como un auténtico cerdo durante toda la proyección.

JORGE.- Tal vez porque no estaba yo...

MÓNICA.- Mi caballero andante...

JORGE.- No, el estúpido que estaba enamorado de ti.

MÓNICA.- Sin mirar más allá de sus propias narices.

LUIS.- Todos estuvimos ciegos.

MÓNICA.- Todos estabais en otras claves políticas. Ahí estaba la dictadura como un monstruo terrible para la clase trabajadora. Pero esa clase debía luego comportarse igual que cualquier pusilánime bienpensante. Ciertamente, se reivindicaba el papel de la mujer y no cabe duda de cómo los movimientos feministas afloran en ese momento. Pero, ¿qué feminismo?, ¿cómo debía comportarse una buena compañera?, ¿cuántas veces he oído los chistes, las bromas sarcásticas sobre «el compañero que perdía aceite»? o simplemente, ¿cuántas veces hemos escuchado como un insulto normal: MARICÓN? Así, ¿pensáis que se podía llegar tranquilamente y decir: «Mira, Pablo, mira, Luis, mira, Jorge, no hace falta que saquéis más vuestro gallo de pelea, no merece la pena, no es un problema con vosotros, simplemente quien me gusta es Carmen»?

JORGE.- (Vuelve a poner otro tema musical, esta vez se trata de «Monday, monday».) Después de una pausa.) Recuerdo que fue un lunes de mayo. No podía más. No quería presentarme a los exámenes de aquel año. ¡A tomar por culo la carrera! El domingo tuvimos aquella maldita discusión. Yo creía que te habías acostado con Pablo. Tú callabas. Era como si otorgaras. Ni siquiera sacaste el repertorio habitual contra mi machismo. Sólo callabas. Estabas preparando aquel papel que tanto significaba para ti. Había una gira por medio si la cosa funcionaba en aquel ciclo de Cámara y Ensayo. ¿Te acuerdas?

MÓNICA.- (Interpreta a Ifigenia.) Mis amadas mujeres: Os hablo ahora. Está en vuestras manos que se cumpla o no mi plan. Del cual depende que yo vaya a mi patria o perpetuamente quede privada de ella. De él depende que mi hermano se salve y yo tenga la posibilidad de volver a ver a mi hermana. Primeramente esto. Y después: Mujeres somos todas. Un género que se ayuda mutuamente con un amor común. Para lo que es salvación de una, se puede apoyar una en otra. Sólo pido que calléis. Eso es ayudar a mi huida. ¡Qué bello es domar la lengua en casos así! Ved: un común destino ata a tres seres que se aman. O regresan juntos al suelo patrio, o son exterminados juntos.

PABLO.- Y sin embargo, siempre me gustaste más en tu clave de comedia.

MÓNICA.- Hacía más juego con tu papel de impostor.

PABLO.- Deja un momento de ser un ángel exterminador. En aquel tiempo todos jugábamos.

LUIS.- Unos más que otros.

PABLO.- Yo siempre arriesgué mucho más que tú.

LUIS.- Pero al final me detuvieron a mí. De la famosa célula el único gilipollas que cayó y aún puedo estar satisfecho; unas cuantas manos de hostias y siete meses en Carabanchel.

PABLO.- Todos leíamos con admiración tus artículos cinematográficos. Mira, aún los conservo. ¿Te acuerdas de este? Lo llamaste «Cine y cambio». Te leo algo. ¿Hoy piensas igual? (**Lee.**) «La función de todo aparato ideológico de estado es la reproducción de sus propias condiciones de

existencia, de la explotación del hombre por el hombre; en definitiva, de las relaciones de producción. Es decir, la interiorización de un discurso que puede estar en contradicción con la práctica social de un sujeto; que, en profundidad la mina y tiende a utilizarla. Pero, al mismo tiempo, no hay que olvidar que los aparatos ideológicos son el lugar idóneo para el ejercicio de la lucha ideológica; constituyen, exactamente, su campo de batalla.»

LUIS.- ¡Cállate!

PABLO.- No me sale de los huevos. Estoy harto de perdonavidas como tu. Que hayas fracasado no te da patente para pensar que eres un armiño. Tú también has cambiado, todos habéis cambiado, para bien o para mal ya no existe aquella España de los años setenta.

MÓNICA.- Afortunadamente.

JORGE.- O desafortunadamente. En ese momento aún podíamos soñar.

PABLO.- Pero tú hiciste realidad tus sueños. Te fuiste a California.

JORGE.- El sueño de Hollywood. Bien, si os relajáis un poquito os contaré una excitante aventura que nunca os escribí en esa carta que tuve mil veces entre mis manos. Pero la rapidez de ese país, mis continuos líos, la dispersión galopante me llevaron a esta situación que por eso, con todas mis disculpas, hoy querría corregir.

MÓNICA.- Ya que por alguna absurda razón hemos venido hasta aquí, puede que guiados por un extraño morbo, no me niego a escuchar lo que será un auténtico culebrón.

PABLO.- Espero no aburrirme demasiado.

JORGE.- Claro, tu tiempo es oro. Y tú, Luis, ¿cómo andas de esa codiciada moneda?

LUIS.- Suficiente para escuchar tu rollo.

JORGE.- Exacto, porque todo tiene mucho de película... Como os decía aquel lunes en que se me precipitaron todos los últimos acontecimientos: la bronca con Mónica, el final del sueño político con aquellos vaivenes de la transición que asentaron las raíces de todo lo que pasó después, mi irritación ante los deslizamientos de mis amigos, el cretinismo

creciente que se adueñaba de la Universidad, la imposibilidad de conseguir una cámara de verdad para hacer posible alguno de nuestros imposibles guiones, el hartazgo de la familia... Como veis, toda una geografía de tópicos que dieron origen a un mapa imposible. Con cuatro cosas me fui al aeropuerto y con el poco dinero que me quedaba tome un pasaje para el primer vuelo barato que salía para Estados Unidos. Cuando llegué a California las cosas no fueron fáciles al principio, pero tuve suerte, conocí a una ayudante de producción de unos grandes estudios, me cambié el nombre, me hice pasar por colombiano, y así, poco a poco me hice un hueco en la industria. Películas de todo tipo, y gentes de todo tipo. Pero ahí estaba yo en las fiestas, al lado de Hoffmann, Nicholson, Fonda, Pakula, Altman, Crawford... Parecía irreal, pero todos los años que habíamos pasado sentados en las butacas de los cines, cultivando la cinefilia, ahora me servían para algo. Ya no se trataba de discutir en los cine_forum con Perucha o Llinás, se trataba de recordarle al propio Blake Edwards uno de sus *gags*, o al viejo Boetticher un plano secuencia de su infinito Oeste. Las borracheras con Hopper me hicieron famoso en el medio y así pude ir trabajando de película en película hasta que hace un par de meses sentí una tremenda nostalgia del barrio y me vine para aquí. He estado todo ese tiempo deambulando, pidiendo referencias vuestras, averiguando vuestras nuevas direcciones, así hasta que después de hablar por teléfono con Pablo y enterarme de cómo había comprado nuestro viejo cine le propuse organizar el reencuentro.

MÓNICA.- (Aplaudes sarcástica.) ¡Todo un triunfador!... Ahora entiendo que no tuvieras ni un minuto para poner una miserable postal desde Malibú para contar a tus viejos camaradas cómo son los horizontes californianos.

(JORGE. Ha colocado el tema «Knock On Wood» de Eddie Floyd. Durante un tiempo bailará imitando la moda de la época. Se acerca a MÓNICA, le acaricia la mejilla y la invita a bailar. Ella duda un momento, pero luego acepta y se pone a bailar con él. En un momento preciso, PABLO va hacia el aparato y corta la grabación.)

PABLO.- Para que esto fuera un autentico guateque nos faltan chicas y bebida.

MÓNICA.- ¿Te parezco poco mujer?

PABLO.- Me pareces demasiado mujer.

JORGE.- En ese caso, yo pongo la bebida. (**Saca una botella de ron y se la arroja a PABLO.**) Ron dominicano, exquisito.

PABLO.- Un recuerdo caribeño...

JORGE.- No te puedes imaginar lo que es viajar de Acapulco a Cancún, dejar allí el paisaje de los jodidos turistas y bajar a Centroamérica para luego llegar a Santo Domingo para colocarte muy cerca del paraíso.

PABLO.- ¿Crees que sólo tú te has podido permitir esos lujos?

JORGE.- Seguro, porque tus viajes estarán patrocinados por American Express y lo más que verás será la playa del Sheraton de turno... Ahora, eso sí, tendrás ropa de los «*duty_free*» más importantes y exóticos del planeta.

LUIS.- De verdad que no alcanzo a comprender para que nos has llamado: ¿para regodearte de tus éxitos?, ¿para que nos peleemos sacando a pasear los fantasmas que en otro tiempo nos callábamos?, o simplemente, ¿para aplacar tu mala conciencia?

JORGE.- Siempre tan racional, tan pulcro en el análisis, tan perdedor... Mira, Luis, hay cosas que simplemente se hacen porque apetecen.

PABLO.- Está bien. Esta situación es un tanto absurda, pero tampoco creo que sea el momento de psicodramas. Tomemos una copa, dejémonos nuestros teléfonos actuales y no olvidemos que no todo fue mal en aquellos años. Al contrario... no pactaríais con el diablo para volver a rejuvenecer.

MÓNICA.- Si dudo de que existe Dios, de lo que estoy totalmente segura es de que no existe el diablo. Todo lo bonito está prohibido.

LUIS.- A mí no me importaría volver al pasado. Tengo la sensación de llevar perdidos muchos años. Al menos, entonces soñábamos, nos movíamos, nos enfrentábamos a todo lo que nos parecía una mierda... y aunque no podíamos evitar la frustración

era de otra manera, rápidamente la olvidábamos y nos inventábamos todo tipo de estrategias para seguir avanzando. ¿Os acordáis de las funciones de teatro? Como no teníamos un duro para hacer las películas que escribíamos nos montábamos aquellas sesiones absolutamente cutres, pero con un sabor de imitación «*underground*» que nos elevaba a los altares de la modernidad.

PABLO.- Me gustaría saber por qué con la clandestinidad follábamos mucho más.

MÓNICA.- Ah, pero... ¿tú follabas?

PABLO.- Seguro que más que tú, muñeca.

MÓNICA.- No lo dudes, no era ese mi objetivo primordial.

JORGE.- Me acuerdo de una novia de Pablo. Se llamaba Celia, era de económicas y en aquel entonces tenía un estigma irreparable, era demócrata_cristiana.

PABLO.- Pues aún así, follaba como una leona. Me parece que las chicas de izquierda estabais más inhibidas.

MÓNICA.- Por eso te pasaste al otro lado, para ampliar fronteras.

PABLO.- No. Cuando me di cuenta de que la utopía leninista se iba quedando en el camino, decidí ser más radical que tantos de tus amigos que se hicieron socialistas; yo me vine hacia el futuro.

MÓNICA.- Aún tienes tiempo para cambiar de opinión cuando perdáis el poder.

JORGE.- Me parece que no te das cuenta de que son las dos caras de la misma moneda. ¿Creéis que en Estados Unidos hay mucha diferencia entre demócratas y republicanos? Ellos cumplen ciclos y a la gente les importa bien poco los problemas que no pasen directamente por sus bolsillos.

LUIS.- Y así, paso a paso, hacia la aldea global.

MÓNICA.- Os estáis poniendo aburridos. Antes, cuando Luis hablaba de las antiguas sesiones teatrales, por un momento se removió el recuerdo. Eran curiosas aquellas sesiones clandestinas que hacíamos en los colegios de curas. Unos días el Potemkin, las películas de Artero o de Arrieta y

otros, aquellos panfletos escritos y representados precipitadamente al hilo de cualquier noticia.

LUIS.- No todos fueron panfletos, a veces nos atrevimos con el «gran repertorio universal».

PABLO.- Siempre y cuando la obra pudiera ser leída en otra clave.

JORGE.- Echad la vista atrás. (**Pone otra cinta, esta vez es un tema de jazz «Alrededor de la media noche» en la versión de Miles Davis.**) Acababa de morir Franco y empezábamos a tener más osadía en nuestras acciones. Nos dejaron aquella sala de la parroquia y decidimos montar algo analógico, algo que no tuviera que hablar de esa España, pero que, a la vez, fuera un grito de libertad. Alguien había estado en Londres, había visto una obra sobre los juicios maccartistas a las gentes de Hollywood y con los referentes que teníamos, un libro en inglés y nuestra memoria emotiva de tantas películas vistas, nos lanzamos a la aventura. Luis, recuerda otra vez.

LUIS.- (En el papel de fiscal.) Señor Hammett, ¿podría decirnos que significan estas dos letras D y H que aparecen como firma al final de este documento?

JORGE.- (Dashiell Hammett.) Sí, puedo.

LUIS.- Perfecto, explique su significado.

JORGE.- Son dos letras del alfabeto.

PABLO.- (En el papel de fiscal.) Señor Tuttle, ¿podría aportar a este tribunal el nombre de aquellas personas que a su juicio pertenecen o han pertenecido al Partido Comunista?

LUIS.- (Como Frank Tuttle.) Sé que es costumbre despreciar a los delatores, pero a pesar de eso seré uno de ellos. Es un papel que no goza de popularidad, pero creo que es absolutamente vital en esta época de agresión generalizada de los comunistas contra el mundo.

PABLO.- Por favor, especifique esos nombres.

LUIS.- Edward Dymitrik, Jules Dassin, Bernard Vorhaus, John Berry, Michael Gordon, Edward Bormberg, Alvah Bessie, Richard Collins, Robert Lees, Fred Renaldo, Ring Lardner junior, Robert Tasher, Lester Cole, Michael Uris, Waldo Salt, Paul

Tivers, Dorothy Uris, Meta Reis Rosenberg, Eva Shofron, Madeleine Ruthvin...

JORGE.- ¿Qué tiene usted que decir, señor Bogart?

PABLO.- (Bogart.) No representamos ningún grupo político. Ningún partido, somos simplemente americanos que creen en el gobierno constitucional y democrático... Protestamos contra la naturaleza de las audiencias de la Comisión de Actividades Antiamericanas porque defendemos los derechos del individuo a ser libre de toda inquisición política y porque no admitimos ninguna tentativa para censurar el cine en tanto que medio de expresión.

JORGE.- Señor Kazan. ¿Qué razones le llevaron a abandonar el Partido Comunista?

LUIS.- (Como Kazan.) Ya tenía bastante de sentirme reglamentado, bastante de escuchar lo que tenía que pensar, decir y hacer, bastante de su habitual violación de las prácticas cotidianas de la democracia a la que estaba acostumbrado. El vaso se desbordó el día en que se me invitó a representar una de esas escenas típicamente comunistas, en las que hay que contorsionarse, presentar excusas, admitir errores... Tenía suficiente. Había sentido el gusto de la vida en un estado policiaco y tenía suficiente. En lugar de trabajar honestamente por el bien del pueblo americano, había constado que me utilizaban para aumentar la importancia y el poder de gentes hacia las que, individualmente o en tanto que grupo, no sentía más que desprecio, y cuya actitud y comportamiento me inspiraban verdadero horror... Haber experimentado de primera mano la dictadura y el control del pensamiento me han llevado a odiarles para siempre.

PABLO.- Dashiell Hammett, el conocido autor y creador de los relatos del «Hombre delgado» y de Sam Spade, está viviendo el título de una Tragedia Americana es uno de los comunistas más (si no el MÁS) peligroso e influyente de América. El comunismo fue su primer amor, hace mucho tiempo, y, durante la mayor parte de su tiempo libre, ha colaborado en los métodos de Moscú, con miles de dólares. A Hammett se le acusa de ser responsables de haber vendido a la bandera roja a docenas de hombres y mujeres. Para ser justos, Dashiell Hammett debería ser condenado por su participación

en actividades subversivas y por haber ayudado en asuntos cuyo objetivo era conspirar y derrocar al gobierno de los Estados Unidos. A primeros de esta semana ha sido encarcelado por haberse negado a revelar la cuenta bancaria secreta de los comunistas y compañeros de viajes condenados a prisión. Lo cual demuestra, de nuevo, que Hammett es, sin duda, uno de los cerebros rojos de la nación y cuenta con varios cuarteles generales en Hollywood y una delegación en Nueva York. Cuando eres comunista y miembro de más de 35 organizaciones estás entre la alta y distinguida sociedad del caviar y el vodka.

LUIS.- Señora Liliam Hellman, por favor...

MÓNICA.- (En el papel de Hellman.) Hace algunas semanas, una noche en que él lo estaba pasando mal, le dije: «Eres un hombre valiente». Nunca había dicho una cosa parecida anteriormente, y como quiera que acababa de despertarse de una de esas cabezaditas que la propia enfermedad provoca tan a menudo, sonrió y dijo: «Es mejor que guardes palabras como esas para el final». El final ha llegado, y a él no le habría gustado que hoy hubiera palabras. Este pequeño funeral, este pequeño tributo, lo hago en mi nombre. Él fue un hombre que respetó las palabras en los libros y sospechó de ellas en vida: creía que las palabras tomaban a veces el lugar del pensamiento, y que casi siempre tomaban el lugar de la acción, y él creía profundamente en ambos. No pensaba bien de la sociedad en la que vivimos. Pero incluso cuando ella lo castigó no se quejó, y no tenía miedo al castigo. La noche antes de ir a la cárcel me dijo que no importaba que alguien pensara que no tenía argumentos políticos para adoptar la postura que tomó, que simplemente había llegado a la conclusión de que un hombre debe mantener su palabra.

LUIS.- Y al llegar a este punto en el que habíamos dado un salto en el tiempo, llegaron las grandes discusiones para ver como terminábamos el montaje.

MÓNICA.- Pablo se empeñaba en acabar con la Internacional, todos en el borde del escenario y, como no, con los puños levantados.

PABLO.- Reconoce que era efectivo.

JORGE.- Fantástico tu pragmatismo. En eso no has cambiado.

PABLO.- Sobre todo porque en tus afanes transgresores querías acabar con un trozo de «El halcón maltés».

JORGE.- ¿Te sigue pareciendo que no es poético?

PABLO.- Me sigue pareciendo una gilipollez.

JORGE.- Del materialismo dialéctico al realismo garbancero.

PABLO.- Escúchame, hijo de puta, a partir de ahora no voy a soportar ni uno más de tus sarcasmos. Hemos vuelto a caer en tu trampa de las viejas representaciones, y sólo son esas viejas, caducas representaciones. Si tú sigues queriendo vivir fuera de esta realidad, muy bien, vuélvete a tu paraíso americano con tus estrellas, tus estúpidas fiestas y tu industria cinematográfica cargada de Godzillas y otros monstruos menos presentables. Déjanos en paz a estos miserables europeos que lo único que pueden hacer es rehabilitar locales como este para programar los bodrios que hacéis allí.

JORGE.- Vaya, vaya... puede que no esté perdido del todo.

MÓNICA.- ¿Habéis terminado ya vuestra pelea de gallos? No tengo toda la tarde y, al menos, me gustaría enterarme de algunas cosas que me han acompañado todo este tiempo, no sé si como dudas, certezas o puras fantasías.

JORGE.- Esto merece otro tema. **(Comienza a sonar «Samba pa ti» de Santana.)**

MÓNICA.- Cuando tú te largaste fue como una señal convenida para no volver a vernos más, sin embargo hasta días antes todo parecía igual. Ya hacía tiempo que se nos habían pasado las fiebres reivindicativas, empezaba a hablarse del desencanto y nosotros nos dejamos llevar por ese tedio. Los tres seguís intentado ligar conmigo, y el resto del grupo mantenía las ceremonias habituales de copas, sesiones cinematográficas, alguna representación teatral, las afinidades políticas cada vez más claras, en fin, pura rutina. Por aquí aparecían Tomás, Carlos o la pobre Carmen. La muerte de Carmen me afectó mucho y sé que Tomás también murió años después. Pero ¿qué fue de Carlos?

LUIS.- Se lo comió su propio MacGuffin.

MÓNICA.- Explícate.

LUIS.- ¿Te acuerdas de lo que decía Hitchcock cuando le preguntaban sobre que era el MacGuffin?

MÓNICA.- No.

LUIS.- Pues que era un truco, un rodeo, una complicidad. El MacGuffin es el nombre que se da a esa clase de acciones: robar los papeles, los documentos, un secreto. En realidad esto no tiene importancia y los lógicos se equivocan al buscar la verdad del MacGuffin. En mi caso, siempre he creído que los «papeles», o los «documentos», o los «secretos», deben de ser de una gran importancia para los personajes, pero nada importantes para mí, el narrador... Pues eso era lo que le pasaba a Carlos, se montaba una gran parafernalia sobre sus «cosas» y en realidad si traspasabas la carcasa no había nada de nada.

MÓNICA.- ¿Por qué todo lo tienes que mirar como si fuera cine?

LUIS.- No sé, tal vez porque la realidad me parece que se explica mejor en la pantalla.

JORGE.- O porque se nos ha quedado ese vicio de juventud.

PABLO.- ¿Seguís yendo tanto al cine?

MÓNICA.- Me imagino que Jorge tendrá que ir más que antes.

JORGE.- No creas, el vivir del negocio no significa que me guste mezclarlo con el placer.

PABLO.- Será como esos escritores que siempre declaran que no leen a sus contemporáneos.

JORGE.- Pero ellos mienten y yo no. No me gustan las películas que se hacen ahora.

LUIS.- Ahora nos vas a salir con el tópico de que ya no se hacen películas como antes.

JORGE.- Al menos, yo no las disfruto como antes.

PABLO.- Es cuestión de edad.

MÓNICA.- Pero ¿dónde coño fue a parar Carlos?

LUIS.- Después de morir Carmen tuvo una crisis profunda. Él la empleó para crearse una especie de

complejo de culpa, algo que no tenía nada que ver con la verdad. Carmen murió de cáncer, pero él se construyó toda una historia en la que aparecía como una especie de verdugo. Esa paranoia se le fue complicando con detalles étlicos y lo tuvieron que meter en una clínica o un psiquiátrico, no sé muy bien lo que era. El caso es que desde entonces se le va perdiendo la pista y sólo quedan algunos poemas aislados que le fueron publicando las muchas revistas literarias que aparecen y desaparecen sin saber muy bien por qué. No sé qué será de él ahora, puede que haya alcanzado el nirvana que a muchos de nosotros nos negó el destino.

MÓNICA.- No seas petulante. Te lo habrás negado tú mismo acomodándote a esa realidad de la que siempre pareces despotricar y a la que siempre sigues agarrado.

LUIS.- Hay que sobrevivir.

MÓNICA.- ¿A cualquier precio?

LUIS.- Por lo menos con cualquier excusa.

MÓNICA.- Quizá Tomás no las necesitó, simplemente se quitó las máscaras.

LUIS.- Al contrario que Carmen.

MÓNICA.- Ella nunca las necesitó.

JORGE.- ¿La quisiste mucho?

MÓNICA.- Más que a nadie. Me apasionaba su vitalidad su falta de prejuicios. Era una fuerza de la naturaleza.

JORGE.- Entonces toda aquella afectividad...

MÓNICA.- (Le corta brutalmente.) No seas estúpido además de obvio. Si lo que quieres preguntar es si alguna vez me acosté con ella, la respuesta es muy simple, no.

PABLO.- Siempre pensé que acabaría casándose con Carlos.

MÓNICA.- Todos construimos historias que obedecen más al deseo que a la realidad. Carlos era un tipo brillante, Carmen lo quería, pero Carlos no quería a Carmen, me quería a mí.

JORGE.- Ahora entiendo que acabara loco.

MÓNICA.- (Va hacia él y le da una tremenda bofetada. Silencio. JORGE saca el casete que había sonado antes y lo cambia por otro. Suena «*Riders on the storm*» de **The Doors**.) Dos hombres recorren las autopistas norteamericanas montados en sus magníficas motos. Les sobra el tiempo, uno lleva casco, el otro, no. Su melena al viento semeja a la de cualquier héroe griego. Parán en pueblos absurdos donde la gente les mira con desprecio, comparten con colegas el costo o la comida, no tienen miedo a nada ni a nadie y, sin embargo, al final caen abatidos por las balas de unos fachas malparidos.

PABLO.- Creo que ese guión ya lo conocemos.

JORGE.- Será un «*remake*».

LUIS.- Nunca suelen funcionar.

JORGE.- Piensa en «Primera Plana» de Wilder.

LUIS.- ¿Crees que es mejor que la de Hawks?

JORGE.- Por supuesto. Además vuelve a la idea original. Dos periodistas, del mismo sexo.

LUIS.- La última versión fue un desastre.

JORGE.- Ya no queda imaginación en los estudios. ¿Os imagináis una nueva «Lulú»?

PABLO.- Sería difícil superar a Pabst.

MÓNICA.- Y a Louise Brooks.

JORGE.- El viejo Altman, o Ford Coppola en la dirección, el guión de Mamet o de Carrière, pero la actriz...

PABLO.- Haríamos un «*casting*».

JORGE.- ¿Me producirías tú esa película?

PABLO.- Ni esa, ni ninguna. Una cosa es que convierta esta ruina en unos multicines y otra es que quiera invertir en el negocio de la producción.

JORGE.- Te creía más romántico.

PABLO.- Nadie es perfecto.

JORGE.- Piensa por un momento, rescataríamos parte del texto teatral que escribió Wedekind. Nada de efectos especiales, una fotografía muy contrastada, un presentador llenando la pantalla. (Actúa como un presentador de circo.) ¿Qué veis

en las comedias o en las tragedias? Animales domésticos que enfrían sus escasos bríos con insulsas verduras y se regodean con reconfortantes lloriqueos con los sentimientos tan bien controlados como los de todos aquellos, los que estáis ahí abajo sentados educadamente en la platea. A uno de los héroes les sienta mal el alcohol, al otro le entran las dudas de ser capaz de amar, al tercero el mundo le llena de desesperación, durante cinco actos oiréis sus quejas sin que nadie les dé el golpe de gracia. El verdadero animal, el animal hermoso, salvaje, a ese, señoras, sólo le verán aquí.

MÓNICA.- ¿Me darías el papel de la Condesa Geschwitz?

JORGE.- ¿Quieres relanzar tu carrera de actriz?

MÓNICA.- ¿Por qué no? Debe tener su morbo acabar asesinada por Jack el Destripador.

JORGE.- Ves, Pablo. Todo encaja. Luis haría el guión, tú la producción, yo me encargaría de la dirección, y de momento, ya tenemos una actriz.

PABLO.- Y para ahorrar yo podría hacer de Jack el Destripador.

MÓNICA.- Te falta carácter.

PABLO.- En fin, un gran proyecto, pero vete a buscar a otro gilipollas al que embaucar.

JORGE.- Tendré que seguir esperando. Una película sobre el amor y la muerte. Dos temas que nunca pasan de moda. Lo siento, Pabst, tendrás que seguir esperando la reposición.

LUIS.- Amor constante más allá de la muerte.

PABLO.- Creo que algo nos ha separado de una manera muy fuerte en todos estos años. Vosotros seguís como chiquillos citando a los clásicos, casi viviendo vuestra vida como si fuera literatura, claro que mediocre y llena de lugares comunes. Recordad a Godard: «El cine no es la realidad». Lo mismo pasa con la literatura, está muy bien para leerla, pero difícilmente se reproduce en lo cotidiano.

JORGE.- Si no soñamos, morimos.

PABLO.- ¡Deja ya de una puta vez en paz a la muerte!

JORGE.- ¿Te da miedo?

PABLO.- Es un tema que no tengo ganas de plantearme.

MÓNICA.- ¿Y por eso crees que no caminas con ella? Yo siempre la llevo al lado. Mucha gente a la que he querido se fue con ella. Eso no es literatura, es la constatación de un hecho.

PABLO.- ¡Basta! Me niego a seguir por ese camino. No hemos luchado tanto para amargarnos la vida hasta que llegue esa zorra.

MÓNICA.- ¿Otra vez vas a sacar las viejas batallitas de la lucha? Guárdalas para tus nietos que ya no tendrán memoria histórica, ahora esa canción suena a los discos antiguos del tío Jorge. Nostalgias caducas.

PABLO.- Entiendo tu rencor. Si escarbas un poco lo tendrás claro, simple frustración. Pero yo no renuncio a saber que un día me dejé el culo para acabar con algo que no me gustaba. Que no nos gustaba. Me arriesgué y tuve suerte, y también sé que a otros no les fue bien. Pero no tengo mala conciencia. Estoy seguro de que ahora vivo en un mundo mejor.

LUIS.- ¡No me jodas! No podía pensar que llegaras a ser tan cretino. Está bien que a ti te vaya de puta madre, pero sólo hace falta que eches una mirada a tu alrededor.

PABLO.- ¿Para ver a tres antiguos camaradas, compañeros de aventuras en el tardofranquismo, que no han logrado salir de su agujero existencial?... Perdón, me olvidaba del triunfo de nuestro amigo americano.

JORGE.- El crimen perfecto no existe. Creer que si existe es un juego de salón y nada más. Claro que muchos asesinatos quedan sin esclarecer, pero eso es distinto.

PABLO.- ¿Otra vez con tus ingeniosos juegos de citas literarias?

JORGE.- ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza matar a alguien?

PABLO.- No seas estúpido.

MÓNICA.- A mí sí. (**Silencio.**) Por ejemplo a alguno de vosotros cuando insistís en hurgar los fantasmas del pasado.

JORGE.- ¿Qué fantasmas? (**Coloca en el reproductor la cinta de Joe Cocker con el tema «With a little help from my friends».**) ¿Cuándo se quebró un concepto de amistad? ¿Cuándo traspasamos la línea de ser amigos inseparables para convertirnos en unas presencias incómodas y rutinarias? ¿Por qué después de tantos años de jurarnos fidelidad eterna, un día cualquiera todo cambia y sólo quieres que todo el paisaje humano que te rodea cambie?

MÓNICA.- Estás dando demasiada importancia a algo que no es más que un accidente humano.

JORGE.- Pero no es posible que todo aquello fuera una ficción.

LUIS.- Puede que no tuviéramos idea de lo que significaba el simulacro.

PABLO.- Insisto. Yo soy tan sincero ahora como entonces.

MÓNICA.- Es la virtud de los cínicos.

PABLO.- Tanto cinismo como el que tu ambigüedad calculada nos hacía pensar que estabas liada con Jorge.

MÓNICA.- No puedes pensar en otra cosa.

PABLO.- Y tú no puedes responder algo inteligente.

MÓNICA.- Si te dijera que eres una mierda machista, o te pegara dos hostias, cerrarías tu ciclo mental de pensar que soy una histérica feminista y además bollera, como a vosotros os gusta llamarnos. Pero olvídale, me da tan igual lo que pienses que nunca lograrías hacerme daño.

LUIS.- Creo que las cosas se están pasando un poco de rosca. Más vale que todo termine aquí y pensar que cada época tiene sus propios fantasmas.

JORGE.- Esperad un poco. Puede que no nos volvamos a ver. Puede que hayamos logrado colocar la pieza que nos faltaba para entender por qué entonces parecía que éramos felices cuando en realidad nos estábamos engañando tanto, y ahora

que cada día nos aislamos más, no estemos tan desesperados como quieren hacernos creer.

PABLO.- ¿No estás ya lo suficientemente mayorcito para pensar por ti mismo sin necesidad de dejarte influir por los demás?

JORGE.- ¿Cómo cuando nos sometías a la tortura de tus textos teóricos sobre el materialismo dialéctico?

PABLO.- A cambio te dejaba que nos instruyeras en los laberintos estéticos de Von Stenberg.

JORGE.- Un genio. «La luz bien manejada puede embellecer y dramatizar todo objeto, y esto ya nos transporta al dominio del artista. El deber y la función del artista consiste no tanto en retener todo lo que percibe, sino lo que su talento y su imaginación pueden dotar de potencia, sea cual fuere la naturaleza del sujeto. El artista que actúa en el cine debe aprender a elegir y a crear, no con la cámara, sino con el ojo.»

PABLO.- Sublime. Pero recuerda que también Eisenstein le llamó infantil cuando vio «La Venus rubia» e incluso le acusó de plagio.

JORGE.- Y él lo desmintió. Pero aunque fuera así, adoro a los que saben sacar provecho del talento ajeno. ¿O acaso no fue Shakespeare un plagiaro?

MÓNICA.- Perfecto, ahora vamos a pasar a una discusión de eruditos. Estáis absolutamente majaras.

JORGE.- Ofelia, vete a un convento.

MÓNICA.- Eso era en el caso de que Ofelia fuera honesta. Nunca me gustó el personaje de Ofelia. Deberías recordar que cuando montamos con el grupo nuestra versión de *Hamlet*, yo preferí hacer de Gertrudis.

LUIS.- En aquel montaje, Carlos se empeñó en unir al príncipe de Dinamarca con Edipo.

JORGE.- No puedes negar que aquello fue una bonita ensalada lacaniana.

MÓNICA.- La frustración que sufre el niño se acompaña, por lo general, con una represión educativa cuyo objetivo es el de impedir toda culminación de estas pulsiones y, especialmente, su culminación masturbatoria. El niño, por otra parte,

adquiere una cierta intuición de la situación prohibida, tanto a través de los signos discretos y difusos que revelan a su sensibilidad las relaciones parentales, como por los azares intempestivos que se las descubren. A través de este doble proceso, el progenitor del mismo sexo se le aparece simultáneamente al niño como el agente de la prohibición sexual y el ejemplo de su transgresión.

JORGE.- Así habló Gertrudis inoculada por el virus de Lacan.

LUIS.- Por los menos los montajes teatrales eran más divertidos que los de ahora.

MÓNICA.- Por eso dejé de hacer teatro, por aburrimiento.

JORGE.- Esa fue una de las claves de la transición. Creíamos en el orgasmo colectivo y nos quedamos en el onanismo individual. España años setenta, en la mitad se nos muere la momia. La alegría por el fin de la Dictadura, la amnistía, el reencuentro con los amigos que salían de la cárcel, los sueños republicanos, los grandes proyectos. Era una época de excitación, por eso no podíamos intuir que además del cine en color sobreviví el blanco y negro, y por desgracia el gris, que fue como poco a poco se fue coloreando el panorama. Yo aguanté seis años más, otros han seguido aguantando y les ha ido mucho mejor, pero para la mayoría se ha borrado la memoria, hace tiempo que dejaron de plantearse por qué las cosas pudieron ser de una manera y realmente fueron de otra muy distinta. Ahora hay otras generaciones a las que nuestros deseos o nuestros miedos les importan un carajo. Y hacen bien, viven sin necesidad de echar la vista atrás.

MÓNICA.- A ti no hay quien te entienda: Provocas esta reunión absurda y ahora nos sales con que la mejor receta es olvidar.

JORGE.- Algunos se gastan el dinero en psicoanalistas. Yo prefiero estas espontáneas terapias grupales.

MÓNICA.- También podías dedicarte a la poesía.

JORGE.- Sería difícil contar nuestra historia empleando, por ejemplo, el *haiku*.

MÓNICA.- ¿Poesía japonesa?

LUIS.- Poema corto de diecisiete sílabas distribuidas en tres versos: el primero y el último, de cinco; y el intermedio, de siete.

JORGE.- Sueños sin rumbo; en páramos quemados, la voz del viento.

LUIS.- Interesante, pero me emocionan más otras culturas

PABLO.- No puedes negar tu condición de europeo.

MÓNICA.- Aún recuerdo como defendías a Antonioni cuando ya estaba pasado de moda.

LUIS.- Los maestros no pasan de moda.

MÓNICA.- (Interpreta el papel de Lidia en «La noche».) «Esta mañana tú dormías todavía cuando me he despertado. Poco a poco, mientras salía del sueño, he sentido tu respiración ligera, y a través de los cabellos que te tapaban el rostro he visto tus ojos cerrados y he sentido que la emoción me subía a la garganta. Tenía ganas de gritar y de despertarte, porque tu cansancio era demasiado profundo y mortal. En la penumbra, la piel de tus brazos y tu garganta estaba viva, y la sentía tibia y seca; quería pasar por encima de mis labios, pero el pensamiento de poder turbar tu sueño y de tenerte despierta entre mis brazos me detenía; prefería tenerte así, como una cosa que nadie podía quitarme, porque yo era el único que la poseía... Una imagen tuya para siempre.»

PABLO.- ¿Os acordáis de aquella película de Arthur Penn, «La noche se mueve»? Cuando la mujer del detective, que le pone los cuernos con otro, le invita a ver una película de Rohmer y Gene Hackman le dice que no, que ver una película de Rohmer es como ver crecer una planta?

LUIS.- Muy típico del ritmo yanqui. Pero hay una frase mejor. ¿Te acuerdas de lo que hacías el día que murió Kennedy? Es una respuesta que todos saben contestar.

MÓNICA.- (A PABLO.) ¿Te acuerdas que hacías la noche que murió Franco?

PABLO.- Follaba.

MÓNICA.- Me imaginé que no podías hacer nada más sublime.

PABLO.- Nada más práctico para pasar una página.

LUIS.- Para creer que pasábamos una página.

JORGE.- Yo recuerdo que mi borrachera fue histórica.

MÓNICA.- Tanto que la tuve que soportar a tu lado.

JORGE.- También estaba Carmen.

MÓNICA.- Que te acompañó encantada en el derroche etílico.

JORGE.- Un día como aquel había que celebrarlo.

LUIS.- A comienzos de los ochenta escribí un guión al que nadie hizo caso. Cuatro amigos tomaban un coche de los que se llamaban «escarabajo» y se iban a un lugar solitario a celebrar el feliz acontecimiento. Cuando estaban más contentos, chillando y cantando, creyendo que al día siguiente se iba a declarar la República, aparecía Guardia Civil y los enchironaba. Les caía un puro de tres años y la historia se contaba desde la salida de la cárcel de uno de aquellos incautos.

PABLO.- No tuviste al director adecuado para la ocasión. A lo mejor ahora, en plan nostalgia les interesa a alguna televisión para hacer una serie.

MÓNICA.- Seguro que pensabas que te la rodara Saura.

PABLO.- Mejor Aranda o Camus.

JORGE.- Pues yo la veo más en plan Fernán_Gómez, algo así como «El mundo sigue» o «El extraño viaje».

LUIS.- Yo soñaba con alguna vez conocer a Resnais, Bertolucci, Belloccio, Wenders, Godard...

JORGE.- Demasiado cerebro para Hollywood.

LUIS.- Al menos tú has podido sobrevivir trabajando en lo que formaba parte de nuestros sueños.

JORGE.- A veces la realidad es más dura que la ficción.

LUIS.- Si realmente existiera el diablo no me importaría ejercer de Fausto. Ver en la pantalla alguno de mis guiones durante tanto tiempo pudriéndose en los cajones de lameculos variados al servicio de productores de toda calaña.

JORGE.- ¿Quieres ver lo que he encontrado entre los escombros de este Palacio del Cinema?... Un viejo proyector de 16 milímetros. Aún tenía colocado este trozo de una vieja película. **(Coloca el proyector en cualquier sitio y lo pone en funcionamiento. Vemos un trozo corto de cualquier película muda.)** Sombras de un pasado que hoy nos parece prehistoria y que tiene menos de cien años. La edad de cualquier indio navajo bien conservado cerca de Phoenix. O incluso de alguno de nuestros abuelos que aún sobreviven resistiendo el asalto de las nuevas tecnologías.

LUIS.- Puede que alguna vez se vuelva a hacer cine mudo.

MÓNICA.- Seguramente cuando llegemos a la era de Mad Max.

PABLO.- El mercado ya no está para poesías.

MÓNICA.- Pero por suerte siempre hay gente que se caga en el mercado.

JORGE.- ¿Os imagináis que volviéramos a ser hippies? **(Pone en el reproductor «California Dreamin» de Mama's and the Papa's. Las imágenes de la vieja película han desaparecido y sólo queda el haz de luz que marca la lámpara interior del proyector. Todo adquiere un cierto aspecto fantasmagórico, como de viejo film de Fritz Lang o Murnau. Los cuatro se mueven como erráticos, en un silencio espeso en el que solamente oímos la emblemática canción de otra época.)**

LUIS.- En cada Escuela latinoamericana debería haber una gran foto de Buster Keaton, y en las fiestas patrias el director pasaría películas de Chaplin y de Keaton para fomento de futuros cronopios.

MÓNICA.- Os estáis volviendo locos. Las palabras, tantas palabras para nada os están llevando

a estar tan vacíos como esa pantalla en blanco. Apaga ese proyector, la luz me está haciendo daño en los ojos.

JORGE.- Cada cosa a su tiempo. Puede que no os dijera toda la verdad sobre el sentido de esta reunión.

PABLO.- Me lo temía y me lo imaginaba. Quieres algo de nosotros.

JORGE.- Menos de lo que estoy seguro estás pensando. El dinero ha dejado de importarme hace tiempo.

MÓNICA.- Además, como no te exprimiera a ti, no sé qué podría sacar de Luis o de mí.

LUIS.- Podría escribir tu biografía, haciendo especial hincapié en tus éxitos americanos.

JORGE.- No estaría mal, pero os vais acercando. Ahora ha llegado el momento de contaros toda la verdad y la razón de la cita. (**Coloca otra casete, también de *Mama's and the Papa's***). Estos jodidos hippies. Ya eran mayores cuando yo les oí por primera vez. Quizás llegamos tarde a muchas cosas. Éramos unos críos en los gloriosos 60 y por eso no nos acordamos de qué hacíamos el día que el primer hombre puso el pie en la luna. Vivimos muchas nostalgias y la mayoría de ellas las sublimamos en el cine o en la literatura. No fuimos capaces de vivir de verdad y adoptamos modas y modos de nuestros inmediatos antecesores. Seamos sinceros, las hostias que nos dio la policía no son comparables a las muertes o a las torturas de años anteriores. Pero en el 75 nos creímos héroes y sacamos toda la metralla de experiencias sólo vividas en la butaca de una sala como esta. Cuando llegaron los punkies no supimos que hacer. Demasiado violentos en lo cotidiano, demasiado agresivos en su imagen. Nos pusimos alguna pulserita o algún pendiente, pero nos quedaban ridículos, mientras que las melenas, las camisas de flores o los pantalones campanas tenían algo de naif que les daba un carácter poético...

PABLO.- Y después de este recital antropológico, ¿qué coño nos quieres decir?

MÓNICA.- Si te vas unos días a Amsterdam aún puedes encontrar en algún mercadillo con toda la quincalla de la época. Disfrázate, y a vivir. Seguro

que en Ibiza o en Granada aún encuentras grupos de colgados deseosos de reclutar sangre nueva.

JORGE- Fin del acto. Todo ha ocurrido como lo había imaginado. Siempre queda un resquicio para que las certezas se tambaleen, pero no ha sido el caso. Ya no voy a quitaros mucho tiempo, este túnel del tiempo sólo ha servido para certificar la ausencia de paraísos. Porque tenéis que saber que aunque me fui a Los Ángeles todos estos años que he pasado allí han sido un auténtico infierno. A las estrellas de la pantalla o los directores claro que los he visto, sirviéndoles como camarero en cualquier *cocktail* multitudinario, me he arrastrado pidiendo trabajo en todos los estudios y lo más que he conseguido es estar dos meses de guarda de noche en la Universal. Me echaron cuando me encontraron con una tremenda curda tirado en el suelo al lado de uno de los coches que podría haber utilizado Hawks en «*Scarface*». Me han dado por culo, he pasado todo tipo de drogas para fiestas infames donde al pobre camello le pasan por la puerta de atrás y cuando la pagan te hacen sentirte culpable de toda aquella mierda, hasta he paseado perritos para viejas damas dignas como si fuera Burt Lancaster, pero sin el premio de tirarme a Susan Sarandon, sólo a hispanas de todo color y a alguna yanqui histérica a la que además, nunca pude satisfacer. ¿Queréis más? Casi veinte años tirados a la basura. (A LUIS.) ¿No te parece un buen guión? Un «*Carlito's way*» a la española. Sé lo que son los calabozos de Malibú, y aunque Banderas sólo conozca sus playas, si le mandas una buena escaleta a lo mejor se enrolla y llama a algún cretino de los independientes para financiarle la película. Por supuesto, el «*flash_back*» en España, cuando el degradado protagonista tenía un cojonudo grupo de amigos que formaban un todo inseparable, sería completamente idílico. Pedradas contra los grises, novias apasionadas con las que hacía el amor entre escaramuza y escaramuza, compañeros leales con los que compartía clandestinidad y acudía a los cine_clubs a discutir las implicaciones de clase en «La diligencia». Fue su mala cabeza, su huida a América la que le arrojó al abismo... El final de tu guión no sé cuál sería. El final de esta historia sí la sé. (La figura de JORGE queda totalmente enmarcada en la pantalla en la que se sigue proyectando la luz de la lámpara del proyector. Después de un tenso silencio saca del bolsillo una pistola.) Ahora vais a ver cómo el cine

no es la realidad. Os he citado aquí para que veáis la única y última película de Jorge Domínguez. Un tiro en la boca y la desaparición para siempre de alguien que en aquellos dorados años siempre os pareció un estorbo, una pesadez. A cada uno por diferentes razones, pero al final para los tres un mismo paisaje. Pues bien, se acabó la comedia. Dicho esto, adiós a todos. **(Se acerca la pistola a la boca.)**

LUIS.- ¡Espera!

JORGE.- Un poco tarde. Resuélvelo en el papel como te dé la gana, pero aquí no valen las balas de fogueo, la muerte no será una ficción romántica sino una imagen atroz.

(Al acabar esta frase LUIS se abalanza sobre JORGE, PABLO y MÓNICA desconcertados miran la escena. PABLO apaga el proyector. En las sombras vemos los forcejeos de LUIS y JORGE en su lucha por la pistola. Súbitamente un disparo. Las dos figuras quedan inmóviles durante un tiempo, la ambigüedad debe flotar en el ambiente. Luego vemos cómo se desploma el cuerpo muerto de JORGE, que ha recibido el disparo en el pecho. LUIS, tomando conciencia de lo que ha pasado, rompe a llorar. MÓNICA va a consolarle. PABLO revisa el cuerpo de JORGE.)

MÓNICA.- Cálmate. Tú no has tenido culpa de nada. Iba a suicidarse. Simplemente no has podido impedirlo.

PABLO.- Creo que no es momento de retórica. Lamentarse ahora no nos va a conducir a nada. Tampoco llamar a la policía. Sería farragoso de explicar y podría perjudicarnos cualquier atisbo de duda que se produjera. Jorge Domínguez era ya un fantasma, no existía, se perdió entre los cuentos de hadas de la vida en la Costa Oeste. Nunca ha regresado a España, allí se perdió su rastro.

MÓNICA.- Tan bonito como poco práctico.

PABLO.- Al contrario, práctico y poético al mismo tiempo. Jorge tendrá el reposo que siempre soñó. Dentro de pocos días esta vieja sala se convertirá en unos multicines. Allí abajo habrá un

agujero en el cemento que acogerá para siempre el cuerpo de Jorge. Nosotros haremos la obra. Nadie se enterará. Luego los obreros levantarán un bonito cine postmoderno en el que el espíritu de nuestro amigo convivirá con las imágenes virtuales de sus ídolos de otros tiempos así como de los que muy pronto vendrán. No es hora de lamentos, hay que seguir viviendo. Deja de llorar y vamos a la tarea, nos queda un trabajo duro para acabar esta inoportuna reunión.

(Los tres personajes se dirigen hacia el cuerpo de JORGE y lo levantan. Oímos el tema «California Dreamin» mientras lo trasladan a lo que será su inesperada tumba.)

(OSCURO FINAL.)